

tracion, y combinaba y dirigia con acierto la marcha de sus asociados.

PAGINA 21.

14 Luis Felipe José, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, nació en S.^t Cloud el 15 de abril 1747. Su primitivo título fué el de duque de Montpensier, y por la muerte de su abuelo heredó el de duque de Chartres en 1752. Todos cuantos le conocieron en su juventud están conformes en elogiar, no solo su linda figura, mas tambien las prendas de su alma, que con una regular educacion hubieran hecho de él un hombre muy apreciable. Efectivamente, era un jóven de mucha amabilidad cuando se casó con Luisa Maria Adelaida de Borbon, hija del duque de Penthièvre, y digna heredera de las virtudes paternas. Celebróse el matrimonio en la capilla real de Versailles, y se cuenta que para recibir la bendicion nupcial no se habia colocado al lado del altar que le correspondia: advirtióselo uno de los concurrentes y el novio saltó por encima del vestido de la novia para ponerse al otro lado. Esta viveza de muchacho escandalizó á los viejos y graves cortesanos que no acertaban á transigir con ninguno de los derechos de la etiqueta. Era sumamente diestro en todos los ejercicios del cuerpo y ninguno montaba á caballo ni conducia un birlocho mejor que él por las calles de la capital. A imitacion de su amigo el príncipe de Gales, brillaba en las carreras de caballos, cuya moda introdujo en Francia, y su ejemplo no dejó tambien de ser imitado por el señor conde de Artois y por otros muchos señores de la corte, quienes dieron en entregarse á los placeres, que no siempre eran dignos de su rango. Este era el defecto principal de la nobleza de aquel tiempo, de no respetar en manera alguna las costumbres, como se veia frecuentemente en el trono mismo de Luis XV. De aqui se seguian tantos folletos y libelos en que mezclando lo fingido con lo cierto, se desacreditaba al duque de Orleans, como se desacreditó despues á la infeliz Maria Antoneta. No es esto decir que la

conducta de aquel príncipe no lo mereciese, pero la verdad es que dentro de su casa era adorado de todos, porque no solo era inclinado á la beneficencia, sino que gustaba de que solicitasen su proteccion, si bien degeneraba algunas veces en exceso de familiaridad.

En medio de sus inmensas riquezas gastaba tanto, que al fin le fué indispensable contraer deudas, que, sea dicho en verdad, no pagaba como otros con los fondos del estado; pero en cambio de eso, se metió en especulaciones vergonzosas que estuvieron á pique de hacerle perder toda la popularidad de que era idólatra. Una de ellas fué la apertura de toda esa multitud de tiendas que alquiló en el palacio real, haciendo perder mucho de su valor á las casas de todos sus vecinos. En Inglaterra nadie hubiera dicho una palabra de semejante especulacion, porque están acostumbrados á que los nombres mas ilustres se asocien á las empresas industriales; pero en Francia chocaba esto mucho con las ideas recibidas acerca de la dignidad de los nobles. Mas no estaba lejos el tiempo en que debia principiar su fatal carrera política, porque desde 1771 fué uno de los príncipes de la sangre que se opusieron á la disolucion de los parlamentos bajo el ministerio de Meaupou, y como ellos fué desterrado por no haber querido tomar asiento en el nuevo que creó aquel famoso canceller. Luego que Luis XVI restableció los antiguos cuerpos judiciales volvieron los príncipes á tomar su asiento y se creyó terminada la lucha contra el poder; pero no tardó en renovarse con ocasion de la guerra de independenciam de los Estados Unidos, en la que solicitó el duque ir á servir como voluntario en la escuadra del almirante D'Orvilliers que cruzaba en la Mancha. Hizo dos campañas de meras evoluciones en el oceano y en el mediterráneo en 1777, y ya en el de 78 nombrado teniente general de la real armada pasó revista á las tres escuadras reunidas en el puerto de Brest, se le dió el mando de la division azul que debia ir á batirse con la del almirante ingles Keppel. El 27 de julio se libró el combate de Quessant en que, segun el parte

del ministro de la guerra al almirante de Francia, se portó con valor y serenidad. Luego que la flota volvió á Brest, marchó el príncipe á París, donde fué recibido con entusiasmo, tanto que al entrar en la ópera le cubrió el público de aplausos. El rey no creyó poder recompensarle mas dignamente, que encargándole de la distribución de premios que habian de darse á los oficiales de las tres escuadras. El duque se volvió á bordo de su division y tomó de nuevo el mando en un crucero cerca de las Sorlingues; pero durante su ausencia no perdieron el tiempo sus enemigos para indisponerle con la corte, inspirando desconfianzas sobre sus proyectos de ambicion. Es de advertir que ya muy anteriormente existia cierta enemistad entre él y la reina, á resultas de que desde el primer año del reinado de Luis XVI, cuando el archiduque Maximiliano de Austria vino á ver á su hermana, esta no queriendo privarse algunos momentos de su compañía, ó por otra razon cualquiera, le disuadió de ir á hacer visita á los príncipes, cosa que llevaron muy á mal todos ellos y en particular el duque de Chartres. Desde entonces ya se principió una especie de hostilidad entre el príncipe y María Antoneta: hostilidad funesta que debia ocasionar para ambos las mas tristes consecuencias. A este frivolísimo pretesto se añadió otro motivo que le llegó mas al alma y fué que le negaron la supervivencia del empleo de almirante de Francia que desempeñaba entonces su suegro el duque de Penthièvre, dándole en su lugar el nombramiento de coronel general de húsares. Desde entonces dejó de presentarse en Versalles, viviendo en la intimidad de algunos amigos, cuyas costumbres eran relajadísimas.

De resultas de un viage que hizo á Lóndres en que trabó estrecha amistad con el príncipe de Gales, (Jorge IV) y otros señores, vino prendado de la sencillez del traje que usaban los ingleses y que contrastaba tan directamente con el lujo y oropel que se usaba en Francia; y así empezó á vestirse como la gente del pueblo, cuya moda imitaron muy pronto los demas grandes y hasta la

misma corte. Semejante innovacion no podia menos de agradar al público porque era un principio de igualdad. La reina misma adoptó la mania de presentarse en lo que se llamaba *el negligé*, y sabe Dios qué de daños sufrió injustamente por él la reputacion de aquella señora y el influjo que tuvo en su catástrofe!

Para no repetir la relacion de los sucesos en que estuvo enlazado el nombre del duque de Orleans, de los cuales unos constan en el testo y otros pueden verse en algunas de nuestras notas, nos vemos precisados á seguir su carrera política con alguna sequedad. Decimos pues que en la convocacion de la asamblea de los notables, le tocó por su clase y por orden de primogenitura la presidencia de la tercera comision de las siete en que se dividieron dichos notables. Algunos meses despues, esto es el 19 de noviembre 1787, se verificó aquella famosa sesion real, en que interrogado el rey por sus propios súbditos, se vió precisado á responder ante ellos como un acusado á quien se va á juzgar. Fué ciertamente una imprudencia de los ministros hacer que Luis XVI asistiese en persona á la deliberacion, porque tuvo que escuchar verdades demasiado enérgicas que dichas cara á cara siempre debilitan el prestigio del trono. Para poner término á la discusion concluyó Mr. de Brienne pidiendo el pase á los decretos, y entonces se levantó el duque de Orleans y dijo: « Señor me atrevo á preguntar á V. M. si la presente sesión es una sesion real ó una cámara de justicia. » Es una sesion real respondió el monarca. « Sin embargo, » Señor, replicó el príncipe, nada veo aquí que no caracterice una cámara de justicia, mientras que vuestros fieles súbditos tenian motivos para esperar que V. M. no recurriría á una fórmula contraria á las leyes del reino. « Le pido pues que me permita depositar en el seno del tribunal la declaracion de que miro este pase de los decretos como ilegal. Para descargo de mi conciencia y de las personas que se quiere suponer han deliberado, sería indispensable añadir que lo han hecho por espreso mandato del rey. » El ministro no respondió una palabra

ni el rey halló tampoco nada que contestar á unas expresiones que jamas se habian oido semejantes en la boca de un príncipe. En seguida salió acompañando al rey hasta la puerta y cuando volvió á entrar en el parlamento, todos le cubrieron de aplausos. Al dia siguiente se halló con una orden de destierro á Villers-Cotterets, y por mas solicitudes que se hicieron por parte del parlamento no quiso el rey levantarle el destierro hasta que al fin cedió á la mediacion de S. M. la reina.

Cuando volvió á Paris era precisamente en los momentos en que Luis XVI se habia visto precisado á volver á llamar á Necker, á causa de no haberse podido realizar los planes de Calonne y de las escaseces que sufría la poblacion. Fueron admirables, como dice muy bien Mr. Thiers los esfuerzos de humanidad que hicieron toda clase de personas en favor de los pobres; pero el duque de Orleans se distinguió muy particularmente, así por las grandes sumas que repartió, como por el modo delicado con que lo hizo, habiendo esto mismo dado motivo á que se atribuyese mas á su ambicion que á su cristiana generosidad. Sin embargo de lo mucho que se dijo contra él en aquellas circunstancias, no dejó de ser elegido representante en los estados generales por Paris, por Villers-Cotterets y por Crespi, en el Valois, cuyo bailiage aceptó de preferencia. Dicho se está que atendidos los principios políticos que habia adoptado votaria en ellos, porque la verificacion de los poderes se hiciese en comun con el brazo popular, y no como pretendian la nobleza y el clero. Así fué que el 23 de julio vino á reunirse con los diputados del estado llano al frente de 49 miembros de la nobleza: accion que colmó los resentimientos de la corte y que dió margen á que se multiplicasen y agriasen las hablillas que ya se esparcian contra él. En medio de eso no dejó de ser nombrado presidente de la asamblea nacional, cuya dignidad reusó, y fué reemplazado por el arzobispo de Viene.

Sin embargo de las infinitas memorias y folletos de aquel tiempo, en que se asegura que el duque de Orleans

fué el verdadero promotor de los primeros actos revolucionarios, como la toma de la Bastilla, el paseo triunfal de los bustos de Necker y el suyo, y las jornadas del 5 y 6 de octubre, nosotros nos guardaremos bien de confirmar con nuestro propio juicio unas calumnias tan absurdas. La opinion de la posteridad es ya demasiado severa contra este príncipe sin que se le añadan cargos que en nuestro concepto son poco menos que imposibles cuando se trata de un particular. Ninguno hay tan rico, como dice madama Staël, que pueda comprar un pueblo, ni pagar una revolucion como la de 1789. Baste que pese sobre este imprudentísimo personage la enorme falta de su ingratitude á los favores que habia merecido de la corte y de su nacimiento: y bástale la culpa de haber equivocado su papel, bástale sobre todo el fin desastroso que tuvo, para que no recarguemos su memoria con crímenes que distan mucho de estar probados. Pero no nos anticipemos á los sucesos.

Ya dijimos en la nota sobre Lafayette, como de resultas de las dichas jornadas de octubre le insinuó este en nombre de la corte, que debía ausentarse para Inglaterra con pretexto de una mision, y aun añadimos la respuesta que en nuestro concepto debió haberle dado el príncipe. Pero no solo no se la dió, sino que á pesar de las instancias de Mirabeau, tuvo la docilidad, mejor debiéramos decir la debilidad de aceptar la supuesta embajada, y se puso en marcha para Boulogne donde debía embarcarse. El pueblo de esta ciudad marítima no quería dejarle salir, pero él se sustrajo á esta peligrosa ovacion y marchó á Lóndres, donde lo primero que hizo fué publicar una memoria en que desmentía todas las infames acusaciones que se propalaban contra él. Estas acusaciones no eran ya un simple murmullo de sus enemigos, ni unos meros chismes pasejeros que conviniese despreciar, sino que habian adquirido la importancia de una causa criminal, que se seguía en la audiencia territorial del Chatelet. Mas como los supuestos reos Orleans y Mirabeau eran ambos miembros de la asamblea, á quienes no se podia enjuiciar sin

que esta declarase antes que habia lugar á la formacion de causa, se nombró una comision para que informase, de cuyas resultas se declaró que no. Discúrrase la impresion que haria este fallo, así entre sus enemigos como entre sus partidarios.

El duque permaneció en Lóndres cosa de ocho meses, y desde allí envió por escrito su adhesion al juramento cívico que habia prestado el rey en la asamblea el 4 de enero 1790. Mas cuando volvió á Paris, á pesar de los esfuerzos de Lafayette, se apresuró á repetir de palabra el mismo juramento, y por la noche fué á ver al rey. Este le recibió con su bondad acostumbrada y aun le dijo que fuese á ver la reina, que le estaba esperando. Esta Señora iba á ponerse á la mesa y le recibió como si ya hubiese perdido la memoria de sus antiguos resentimientos; pero las damas le volvieron la espalda y los cortesanos se pusieron á mirarle con un desprecio provocador. Uno de ellos dijo en alta voz que se tuviese cuidado con las viandas, como recelando de que el príncipe echase en ellas algun veneno. No contentos con estos insultos, se tomaron la libertad los criados menores de escupir sobre él cuando bajaba por la escalera; infamia que exaltó su indignacion hasta el último grado, tanto mas cuanto supuso que nadie se hubiera atrevido á cometerla sin la autorizacion de la reina. Esto último era ciertamente injusto, porque tanto ella como S. M. tuvieron un gravísimo pesar cuando llegó á su noticia este indigno atrevimiento.

Llegó por fin el triste suceso del arresto del rey en Varennes, en cuyo lance se condujo el duque con bastante moderacion, en términos que cuando en el club de los jacobinos, á donde concurría frecuentemente, se trató de nombrar una regencia, dijo que renunciaba desde entonces y para siempre á los derechos que la constitucion le daba á ella. Igualmente se opuso á la estraña proposicion de las comisiones de la asamblea, relativa á que se privase á los hermanos del rey del título de *ciudadanos activos*. Exaltado, al oír esto, su fanatismo revolucionario, dijo que reclamaba su cualidad de hombre y que en caso de

que la asamblea quisiese reducirle al estado de ilota, como parece que se pensaba hacer con los hermanos del rey bajo pretesto de querer honrarlos, estaba muy pronto á hacer una renuncia formal de todos los derechos que le correspondian como miembro de la familia reinante y quedarse con los de mero ciudadano frances. Esta salida patriótica se aplaudió mucho en las galerías; pero no se hizo gran caso de ella, porque el diputado André salió con la chulada de que el duque de Orleans no tenia derecho para renunciar á la corona *ni por sí, ni por sus hijos, ni por sus acreedores*.

El duque continuaba asistiendo á la asamblea nacional hasta su disolucion que se verificó el 30 de setiembre 1791. En 1792 hizo un corto viage á Lorient en virtud de un decreto que mandaba que todos los oficiales de marina se presentasen en uno de los cuatro departamentos para averiguar el número de los que habian emigrado. De vuelta á Paris le envió el ministro de la marina Thevenar el nombramiento de almirante, pero no fué empleado en esta arma. Mas como ya hubiese principiado la guerra en las fronteras, solicitó servicio en el ejército del norte, donde ya se hallaban sus dos hijos los duques de Chartres y de Montpensier. Luis XVI puso al márgen que podia hacer lo que gustase, con cuya seca respuesta se puso en marcha para Valenciennes en compañía de su hijo tercero el conde de Beaujolais, que no tenia mas que 12 años. Asistió á los combates de Monin y de Courtrai y se proponia continuar la campaña; pero el rey hizo saber al mariscal Luekner que no era de su agrado que su primo continuase en el ejército. Volvióse pues á Paris donde asistió al tercer aniversario de la federacion, y como ya se tratase abiertamente de la deposicion del rey, principiaron las intrigas entre los Girondinos que no querian que la corona pasase á las sienes del duque de Orleans y los partidarios de este: mas no se sabe de un modo positivo la parte que él tomase en estas sordas agitaciones. Lo que sí se sabe es que á la espiracion de los poderes de la asamblea legislativa y cuando se trataba de las elecciones

para la que habia de ser convencion nacional se presentó el duque como candidato á la diputacion de Paris. Pero era el caso que cuando quiso hacer ver sus calidades de elector y de eligible se encontró con la dificultad de que por los decretos de la constituyente en que se habian abolido los feudos, no podia ser inscrito bajo el título de Orleans ni mucho menos permitian las circunstancias que se nombrase Felipe de Borbon, príncipe frances, de manera que entre unos decretos y otros se encontraba sin saber como habia de llamarse. Entonces fué cuando habiendo acudido á la municipalidad de su domicilio para que se fijase el nombre con que habia de designarse, no se sabe si por una simple ocurrencia de Manuel ó por inspiracion propia, adoptó el nombre de *Egalité*, con el cual fué conocido y designado en la convencion.

Sus votos en este congreso fueron constantemente conformes á los del partido de la montaña, ó como si dijésemos á los del estremo *movimiento*, que no quisiéramos que nadie confundiese con los del *progreso*, por que ciertamente distan mas uno de otro que un polo de otro polo. Allí contribuyó por su parte á sostener la lucha contra los Girondinos, particularmente cuando estos obtuvieron el decreto de 16 de diciembre 1792 por el cual se imponia la pena de destierro de los dominios de la república á todos los miembros de la familia de Borbon que todavia permanecian en Francia, decreto que la Montaña revocó dos dias despues. Era aquel el tiempo en que los clubs pedian con mas furor el juicio y condenacion de Luis XVI, con cuyo motivo, sabiendo que muchos le atribuian el proyecto de sucederle en el trono, hizo que se publicase un escrito, en el cual, reproduciendo lo que ya habia dicho en 1791, sobre que en la alternativa estaba pronto á renunciar á los derechos de miembro de la familia real por conservar los de simple ciudadano, añadió que él y sus hijos estaban dispuestos á firmar con su sangre, que permanecian en los mismos sentimientos.

Esta declaracion lejos de popularizarle, no sirvió mas

que para crearle nuevos enemigos entre los dos partidos. Los Girondinos decian que no trataba mas que de desorganizarlo todo para elevarse sobre las ruinas de los poderes existentes, mientras que una gran parte de los jacobinos no le perdonaba ni el haber sido príncipe, ni sus antiguas relaciones con los miembros de la asamblea constituyente que era entonces el objeto del odio tal vez mas general y mas injusto.

Se ha querido decir que él fué uno de los principales instigadores de la muerte del rey pero esta acusacion nos parece inverosímil, porque en aquella época lejos de instigar por la muerte de nadie, estaba él ya recelando y temiendo la suya propia y buscando un asilo en la obscuridad. Pero la revolucion que él habia abrigado en su seno le perseguía por todas partes y le arrastraba á pesar suyo á su fatal destino. La escena del 10 de agosto le habia principiado á acobardar y las del 2 de setiembre y siguientes en que se vió el furor á donde pueden llegar las violencias populares le habian llenado de espanto y de confusion. Tenemos motivos para creer que cuando llegó el vergonzoso dia en que Luis XVI fué llamado á la barra, intentó el duque recusarse y aun anunció á muchos de sus amigos que pensaba en no asistir á las sesiones del proceso. Pero ellos le dijeron que si se recusaba en una ocasion tan solemne, seria lo mismo que declarar su propia proscripcion, y dar un público mentis á la conducta que habia observado durante toda la revolucion. Esta consideracion del egoismo le empujó á dar el escándalo de que se le viese constituirse en juez de su bienhechor, y el ejemplo y el miedo le sepultaron en el espantoso crimen de votar la muerte de su pariente y de su rey. Bien hubiera querido un sin número de diputados y entre ellos Vergniaud, que en caso de votar en la causa se inclinase á la pena mas suave de cuantas se propusieron. Pero aquel desdichado, olvidando ya todos sus deberes y hasta la propia fama póstuma, votó por la muerte en los términos siguientes que queremos citar por que ya pertenecen á la historia. « Únicamente lleva-

«do de mi deber y convencido como lo estoy de que todos los que hayan atentado ú atentaren en adelante contra la soberanía del pueblo merecen morir, voto por la muerte.»

En la tarde del 20 de diciembre un ex-guardia de corps del rey llamado Paris, quiso introducirse en el palacio del duque para darle de puñaladas, pero no habiendo podido lograrlo, asesinó á Lepelletier St. Fargeau. Tal vez hubiera sido para él una buena dicha, porque desde el día mismo de aquel horrible voto se vió abandonado de todos sus llamados amigos de la montaña. El pretexto de este abandono fué el descubrimiento de cierta correspondencia de su hijo el duque de Chartres (hoy Luis Felipe) en que parece le aconsejaba que se retirase con todos los suyos á los Estados unidos; pero el verdadero motivo el desprecio y el horror con que los mismos criminales miran á los que se señalan en el camino de la atrocidad. No necesitaban ya de su nombre y esto era mas que suficiente para que le volviesen las espaldas. ¡Ejemplo terrible pero inútil á los que tienen la imprudencia de ligarse con los partidos por solo el impulso de las malas pasiones! En el poco tiempo que siguió desde la consumacion de uno de los mayores atentados que han visto los siglos, Felipe Egalité se vió acusado si no de remordimientos por lo menos de terrores continuos que le anunciaban su próximo fin; pero llegaron estos á su término cuando se supo la desercion de Dumouriez, con quien él estaba en una correspondencia frecuente, y la huida forzada de su hijo el duque de Chartres. En el mes de abril de 1793, habiendo la comision de seguridad pública espedido dos mandamientos de prision contra los duques de Chartres y de Montpeusier, no tardó en espedirse otro contra su padre y contra todos los miembros de su familia que no habian salido de Francia. Conducido al ayuntamiento, reclamó, pero en vano, la inviolabilidad de su persona como diputado, mientras que la convencion no decretase su acusacion. Desde allí le llevaron á la Abadia con su hijo el conde de

Beaujolais, y dos dias despues salió un decreto de la convencion por el cual se mandaba que los dos príncipes fuesen trasladados á los castillos de Marsella y que se secuestrasen sus bienes. Encerrado primero en el fuerte de Nuestra Señora, le condujeron despues al de S. Juan en donde se le trató con estraordinario rigor. Pasado algun tiempo fué juzgado en el tribunal revolucionario de las bocas del Ródano que le declaró inocente; mas á pesar de esta favorable sentencia y de que el informe del diputado Rull aseguraba que nada se habia encontrado entre los papeles del duque que inspirase la menor sospecha, la convencion no quiso que se le pusiese en libertad, mas antes envió unos comisionados con orden de trasladarle desde Marsella á Paris. Creyó Egalité durante todo el viage que lo único que se exigiria de él serian ciertas declaraciones, pero no se figuró de ningun modo que se le pondria nuevamente en juicio. Esta ilusion duraba todavia en la última carta que desde Lyon escribió á sus hijos; pero habiendo llegado á Paris en la noche del 5 al 6 de noviembre, le condujeron inmediatamente á la consergeria, donde se le anunció que al dia siguiente debia comparecer ante el tribunal revolucionario. El 6 por la mañana le llevaron delante de sus jueces, y el acta de acusacion era la misma que se habia hecho contra los girondinos, sin que siquiera se hubiese tomado Fouquier-Finville el trabajo de formar una especial que pudiera acomodarse al duque de Orleans. Entre otros cargos absurdos habia uno que ya se habia hecho al diputado Carrá, esto es, haber querido colocar al duque de York en el trono de Francia. Al oír esta estraña acusacion exclamó el duque «en verdad que esto parece mas bien una chanza que otra cosa.» Cuando le intimaron que respondiese, solo dijo que los cargos se destruian unos á otros porque era notorio que la acusacion se dirigia contra aquellos mismos á quienes él habia combatido constantemente. Sin embargo el tribunal entró inmediatamente á deliberar y le condenó á muerte. Entonces el duque lleno de indignacion les dijo á los jueces. «Si

«estabais decididos á acabar conmigo, debierais á lo menos buscar algunos pretextos mas plausibles, porque nadie se persuadirá jamas que me habeis creído culpable de nada de lo que os decís convencidos. Y tú sobre todo que me conoces tanto, dijo fijando la vista en Antonelle que presidia el jurado. Por lo demas veo que mi suerte está decidida, y así solo os pido que no me hagais penar aqui mas tiempo, sino que me conduzcan inmediatamente á la muerte.» Esta gracia le fué otorgada con la mayor indiferencia. Fuéronle escoltando seis gendarmes, y segun aseguran testigos oculares, atravesó con la mayor serenidad desde la carcel hasta la plaza de la revolucion donde el populacho se desató en injurias contra él, sin que él manifestase hacer el menor caso. Murió á la edad de 46 años.

PAGINA 21.

15 M. M. P. Freteau de St. Just, consejero en el parlamento de Paris y diputado por la nobleza de Melun á los estados generales de 1789, era cuñado de Dupatí y el origen principal de la reputacion de este último. Fué partidario de la faccion de Orleans y uno de los que mas contribuyeron á exasperar á sus cólegas que se oponian á las innovaciones intentadas por el ministerio. En consecuencia de aquellos sucesos fué arrestado en el mes de mayo, y no logró la libertad hasta despues de la desgracia de Lamoignon y de Brienne. Cuando le nombraron despues diputado en los estados generales, pasó con la minoria de su orden á la cámara del estado llano; pero despreciado por Mirabeau, que le ridiculizaba, llamándole *la comadre Freteau* y desechado por el resto de la faccion de Orleans, procuró hacer el papel de conciliador entre los diferentes partidos, adulando á cada uno de ellos en particular y consiguiendo el desprecio de todos. En medio de aquellas vacilaciones, se le vió ocupar dos veces la presidencia en 1789, y en el mes de octubre propuso que se le diese á Luis XVI el título de

rey de los franceses y no el de rey de Francia, apoyando despues la peticion que se hizo de que se presentara el libro encarnado ó de las pensiones. En enero de 1790 pidió la abolicion de las órdenes religiosas y la venta de los bienes del clero con todas las demas proposiciones revolucionarias de aquel tiempo. Continuamente estaba clamando contra los riesgos que amenazaban á la Francia de parte de las potencias estrangeras, exagerando las fuerzas del príncipe de Condé. Luego que se concluyó la legislatura de la asamblea le nombraron juez del tribunal del segundo barrio de Paris; mas á pesar de sus opiniones adelantadas, no estaba en la misma cuerda que los jacobinos, y así Robespierre acabó por hacerle morir en el cadalso, á donde subió el día 14 junio de 1794.

PAGINA 21.

16 Sabathier de Cabre, no Sabatier como dice el testo, era consejero de Paris, y amigo íntimo de Despremenil y de Freteau, y uno de los mas famosos antagonistas de la corte, cuando ocurrieron las primeras turbulencias de 1788, escitadas por las innovaciones que entonces promovió Mr. de Brienne. Pero cambió de principios y de conducta cuando comprendió los proyectos de los facciosos, procurando reparar sus primeros errores por un gran celo en favor del partido realista. Fué arrestado diferentes veces por los diversos gobiernos revolucionarios de Francia, y despues vivió y murió en la oscuridad.

PAGINA 28.

17 No se sabe mas de este Goisart de Montsabert, sino que fue uno de los consejeros que mas se opusieron á las innovaciones que proponia el ministerio y que por eso le tuvieron preso algun tiempo en Pierre-en-Cise.